

Yo he nacido sin duda para llevar la turbacion por todas partes.

— Yo vengo con mucho gusto á ver al amigo de mi padre , dice ella recobrando un poco su presencia de espíritu : ha pasado una gran parte de la noche á vuestro lado : ¿ os hallais mejor?

— Yo lo ignoro : tengo mucha debilidad de cabeza : sufro una sed ardiente ; pero no me duele mucho la herida.

— Me parece que el descanso contribuirá mucho á vuestra curacion : procurad no hablar demasiado.»

Teodoro , que no tenia fuerzas para sostener una conversacion, estaba dispuesto á obedecer ; pero poniendo la mano en su pecho, y

no hallando ya el retrato de Elisa, preguntó con un aire vivo y agitado á miss Eva, si habia caido en sus manos : su respuesta negativa pareció agitarle cruelmente.

«¡Soi perdido! exclamó. ¡La imágen de la mas escelente de las mugeres , la única prenda que me restaba de su amor, me ha sido robada! ¡Ah , preciso es morir!

— ¿Por qué morir? dice Eva como sorprendida : si habeis perdido una muger que amabais , ¿es irreparable esa desgracia? ¿Será ya vuestro corazon insensible? ¡Ah! si no podeis tener en adelante la misma ternura por otro objeto , al menos estoi segura de que Elisa no os amaba mas que....»

Aquí se detuvo , y bajó sus

ojos sonrosada y trémula.

«Amabilísima hermana, dice Teodoro: temo que mis desgracias puedan influir en vuestro ánimo y privaros del dulce reposo: creedme, mi situacion es tan horrorosa, que si os confiase mis secretos, seria hacerme á vuestros ojos un objeto de horror y de odio.

— ¡Imposible, imposible! exclamó miss Eva temblando: no, jamas os creeré culpable de un crimen que pueda inspirarme tales sentimientos: estoi segura de que vuestra imaginacion exagera: vuestra salud sufre con esa ostinacion de reprimiros en hablarnos con aquella franqueza que podria daros algun alivio en vuestras penas. Va-

mos, Teodoro, tratad de vivir para nosotros.»

Calláronse el uno y el otro: Teodoro meditó profundamente sobre su posicion, y sobre lo que habia dicho miss Eva. Aunque hubiera aspirado á su mano, se oponian muchos ostáculos á su union; pero no fue por estar imbuido en los errores de nuestros abuelos contra los judíos, y que creyera que un hombre que se casase con una muger de esta nacion, merecia ser quemado vivo. Ninguna perturbacion alteraba su razon; pero abatido su espíritu por el infortunio, le parecia ser su corazon inaccesible al amor, y no podia sino gemir por la ternura é interes que le demostraba una jó-

ven hermosa , por la que espermentaba un cariño estremado. ¿Qué habia de hacer en semejantes circunstancias? ¿Cómo dejar una familia que habia llegado á serle tan interesante ; pero en cuyo seno su presencia no podia causar sino turbacion y desgracias?

Con el designio de afirmarse en esta resolucion , pensó en lo que resultaria del acontecimiento que le habia causado su herida. Si la muger moria , seria infaliblemente llamado para deponer contra el asesino ; y esta idea le estremeció de horror. Consideraba á mas de esto , que el esposo habia recibido uno de aquellos ultrages que el honor no perdona

jamás ; un ultrage que atiza el fuego de la venganza en el corazon de todo hombre sensible. Habia en los principios , ó mas bien en las prevenciones de Teodoro , alguna cosa que disminuia lo odioso de una accion , la que sin duda el interes comun dificilmente perdona. Sin embargo , la justicia pública castiga al esposo que se venga , pero no siempre castiga la ofensa que ha recibido : la vergüenza es para el marido injuriado , y es preciso que luche á la vez contra la desesperacion y contra el ridiculo.

Asi , pues , dos motivos poderosos ponian á Teodoro en la necesidad de elegir la fuga ; pero tenia un sentimiento cruel en parecer ingrato á los ojos de su bien-

hechor, y le costaba mucho trabajo no poder responder al afecto de una jóven, interesante por sus encantos y sus virtudes, que cada dia se mostraba mas tierna.

Semejantes reflexiones contribuian mucho á retardar su restablecimiento por la agitacion que le causaban. El cirujano habia llegado á cortar la calentura, á pesar de haberse anunciado con síntomas alarmantes. Miss Eva se separaba poco del cuarto del enfermo: su aspecto triste y lúgubre apenas era observado por ella: tan cierto es que junto al objeto amado ninguna cosa es para nosotros sino de un interes secundario.

La muger que Teodoro habia querido salvar, murió: él habia

sido citado como testigo principal en el proceso del marido, y para instruirle esperaban su curacion. Shechem advirtió que este asunto le causaba una grande inquietud: á su solicitud tomó informes sobre el carácter y costumbres del acusado: «Porque con respecto á mí, decia, estos informes deben determinar mi opinion, aunque puedan ser juzgados de poca importancia ante los tribunales para un acto de esta naturaleza, en vista de que parece haber sido premeditado. La lei, en caso de muerte, fija un cierto intervalo, despues del cual la razon se supone que destruye los movimientos de la indignacion; ¿pero se probará el poder de esta razon sobre una

imaginacion enagenada hasta la locura por el resentimiento de una injuria?» Resultó de las investigaciones que hizo Shechem, que el acusado era un comerciante: se habia casado con la hija de un caballero de aldea, que habia llevado por dote al matrimonio una cara bonita, mucho gusto para vestir y para los placeres, sin ninguna cualidad sólida: su carácter altanero no sufría reflexiones de nadie, y su esposo por esta razon se habia prestado mucho tiempo á satisfacer sus deseos; pero habiéndole obligado la prudencia á resistir ciertos gastos tan multiplicados como extravagantes, ella halló medios secretos de continuarlos; y mientras su marido

guardaba la tienda, la dama corría de placeres en placeres con otras de sus mismas inclinaciones, bajo los auspicios de esta especie de hombres, cuyo honor está en la punta de su espada, y que creen hacer mucho por aquellas, cuya vida emponzoñan ofreciéndoles la venganza del espadachin. Nada seduce á las mugeres como el valor; y saben siempre distinguir al camorrista insolente del hombre modesto que evita las disputas, y que prefiere sufrir un disgusto á turbar el orden; pero que en un peligro real le arrostra con intrepidez, y se muestra verdaderamente valiente con peligro de sus dias.

La muger del acusado habia

hecho conocimiento de uno de esos señores, cuyos recursos se cifraban en una paga de teniente. El marido, abandonado al principio, ultrajado despues con impudencia, forzado á responder á una multitud de deudas contraidas por su culpable esposa, pasó del amor que la habia tenido, al odio mas violento. Desesperado de ver desaparecer como un sueño la felicidad que se habia prometido, no le fue posible contener su rabia, y se vengó.

«¿Puedo yo, dice Teodoro despues de haber oido estos detalles, puedo yo ser el detentador de este desgraciado esposo? Yo compadezco á su muger, yo le condeno; pero jamas depondré contra

él. ¿Cuál es vuestra opinion, querido Shechem? ¿Debe un hombre soportar á sangre fria semejante ultrage? ¿Hay cosa que pueda expiarle? ¿Hay razon....? ¡Ah, mi amigo! yo no puedo esplicar la emocion de mi corazón.

— Querido Teodoro, responde Shechem, yo esperaba, pra esplicarme, que hubieses tú tomado tu resolucion. Se trata de la vida de un hombre: yo no debia trastornar tu opinion; las leyes castigan á un desgraciado que me roba algunas monedas; pero el que me roba el cariño de mi muger, el que me entrega á la desesperacion y á la vergüenza, este hombre es perdonado por una multa miserable, que nada le importa si

es rico; y yo quedo sin venganza, y con mi nombre entregado al ridículo y á la infamia. En vano se invocaria á la justicia natural; no hai castigo en la sociedad sino para los delitos señalados en el código penal, tal es la imperfeccion de las leyes que cuentan por nada el reposo y la felicidad de los individuos.»

Teodoro escuchaba á Bensadí con un interes visible, y sus miradas fijas sobre él parecian decirle: «¿Por qué le he de negar yo la confianza de que se muestra tan digno?» Desde la primera vez que entró en esta casa le abaná en fissonomía, y se vió tener un aire franco de pura bondad. Shechem estaba mui encantado de verle en

este estado para hacerle entrar en tristes recuerdos por las preguntas que habia resuelto aventurar; pero las dejó para otro momento.

En la tarde del mismo dia Teodoro se halló bastante bien para ir á ver á miss Eva. Esta tocó el harpa, cantando un romance con una voz dulce y melancólica.

No referiremos mas que tres pasages, aunque habia muchos mas; pero estos hacen adivinar los otros. Una muger ocupada solo de un sentimiento, vierte aquí todas sus ideas, y no advierte apenas que aun variando sus espreiones, no dice, sin embargo, sino una misma cosa. Es preciso estar enamorados para entender bien todo esto. Decia: «desde que Lau-

ra conoció á su vencedor, el Dios de amor fijó su destino; y en adelante el ídolo de su corazón ¿podrá hacerla feliz? Estos dos puntos que la costumbre prohíbe decir, los confiesa su boca, y esta enmudece. ¡Ah silencio vano! sus miradas lo han dicho todo, cuando ella cree haber sido muy discreta. ¡Qué poderoso es el encanto de un dulce lazo! ¡qué influjo tiene sobre cuanto respira! Es muy feliz el que de un amor casto siente la llama, y mas feliz el que á otro corazón le inspira.»

«Preciso es huir, dice interiormente Teodoro traspassado de dolor: seria peligroso permanecer aquí mas tiempo.» Su resolución, á la verdad, era anticipada; pero

¿quién es aquel que despues de haberse determinado á hacer un esfuerzo de valor, no ha experimentado el deseo de alejar el momento de la acción, hasta que una circunstancia frecuentemente insignificante le haya sacado de su letargo y le haya hecho obrar como por violencia?

En los dias siguientes Teodoro permaneció en su cuarto, ocupado en cumplir la obligación que se habia impuesto, es decir, en poner por escrito acontecimientos que su reconocimiento no le permitia ocultar ya á Bensadí y á su hija.

Las sesiones de *Old Bailey* (1)

(1) Tribunal de justicia de Londres.

iban ya á dar principio. Los padres de la muger asesinada habian ido á suplicar á Teodoro declarase contra el asesino: era preciso se decidiese pronto á tomar un partido. Shechem fue á buscarle á su cuarto, y se sentó junto á la mesa donde Teodoro habia escrito, y sobre la que se hallaba un paquete sellado.

«Yo quisiera, le dijo con un aire serio y un poco embarazado.... quisiera evitarte la emocion que creo va á causarte lo que tengo que decirte, y esto con las protestas mas solemnes de mi amistad; pero tú me conoces: no deberás inmutarte al oirme. Voi á hablarte sin reserva.

No te se ha debido escapar la

inclinacion que te tiene mi hija: á pesar de la diferencia de religion, me encuentro mui capaz para suscribir de corazon á tu union con ella; pero el misterio de tu conducta, tu predileccion por el original de este retrato, exigen entre nosotros una esplicacion franca.

— ¡Ah, cielos! exclamó Teodoro apoderándose del retrato, y estrechándole contra sus labios: ¡este es! ¡ya he recobrado la imágen de mi muger, de mi Elisa!

— ¡Tu muger! repuso Shechem lleno de admiracion. ¿Estás casado? ¿esta Elisa es tu muger? ¿por qué estais separados? ¿es muerta?

— Mi generoso amigo, no me preguntéis, os lo suplico; yo de-

bo dejaros; os quedan estos papeles; puede que os hagan maldecir mi nombre, pero desterrarán seguramente del corazon de vuestra hija el sentimiento que ella me ha inspirado. Sin embargo, vos no os pareceis á la mayor parte de los hombres: vos sabeis compadecer la desgracia y disimular los excesos provocados por horrorosos ultrages. Yo deposito en vuestro seno secretos que los mayores tormentos no me hubieran podido arrancar, y en ellos hallareis los motivos de una conducta que ha debido justamente inquietaros.

— Yo deseo saber cuanto te concierne, dice Shechem, así como prefiero ignorarlo todo, si esa confianza puede perjudicarte; pero

pues que es preciso que yo reciba esos papeles, toma esto en cambio (*era una cartera llena de billetes de banco*); y como yo sospecho que tu intencion es dejarnos... como las cosas estan á punto de casi hacérmelo desear á mi mismo, no olvides tú jamas, en donde quiera que te halles, que tienes un amigo en Shechem Bensadí.

— Hace tiempo, replicó Teodoro recibiendo la cartera, que me estoi resistiendo á recibir vuestros beneficios, porque eran el premio de una obligacion moral; mas hoy los acepto como prenda de la amistad. Permitidme añadir algunas palabras sobre vuestra hija. Aprecio mucho su cariño: yo sacrificaria mui gustoso mi existen-

cia si fuese necesaria á su felicidad; pero la fuerza de los sentimientos y de los lazos que me unen á Elisa, no ha dejado lugar en mi alma sino para una dulce amistad. ¡Ah! ¿quién podrá negar la suya á la interesante miss Eva? Si yo no fuese un desgraciado proscrito, si otra que Elisa pudiese despertar en mi corazon los sentimientos del amor, no hubiera otra que yo prefiriese á vuestra hija en el mundo entero; y yo experimento hoi, en despecho de mi resolucion, que separándome de vos y de ella, aumento una nueva desgracia á aquellos por quienes soi atormentado.

— Yo lloro como un niño, dice Shechem poniendo su pañuelo á

los ojos: mañana por la mañana nos volveremos á ver. A Dios.

— A Dios, repitió Teodoro apretándole la mano: plegue á Dios que un dia nos volvamos á ver con felicidad.»

Shechem le miró un momento con un aire inquieto; despues se retiró con precipitacion cerrando la puerta al salir.

Ahora, exclamó Teodoro luego que se halló solo, tengo que marcharme; es preciso que yo huya del mejor de los hombres. ¡Ah, miserable destino!

Al dia siguiente por la mañana Shechem se levantó mui temprano: acordándose de lo que Teodoro le habia dicho la víspera al separarse, sospechó que ya habria

marchado. Esta sospecha no era sino mui fundada. Teodoro habia salido de la casa sin hacer ninguna indicacion de sus proyectos; era preciso enterar á miss Eva, y esto era lo que embarazaba á Bensadi: el paquete que tenia en su poder debia en fin esplicarle lo que deseaba saber hacia ya mucho tiempo.

Mas de una vez habia sido tentado de creer á Teodoro culpable de una muerte. En vista de lo que le habia dicho la víspera de su partida y algunos dias antes, esta sospecha adquiria en su espíritu muchos grados de probabilidad. Puede que haya atentado contra la vida de su muger.... Esta idea le estremecia. Confuso y agitado por esta diversidad de conjeturas, es-

peró con una inquietud impaciente que su hija se levantase, y esta bajó mui pronto.

«Parece, hija mia, que sufres, la dice; estoí de mui mal humor de verte triste; tendrás presente que las mugeres rara vez tienen la felicidad de hallar una justa correspondencia en el objeto de sus inclinaciones. El orgullo y la razon deben despertar en tí el valor que es necesario. En este mundo, querida hija, es preciso resignarnos á sufrir: veo con dolor que esta resignacion te cuesta mucho trabajo. ¿Por qué no imitar al hombre que tú amas? ¿por qué te has de dejar vencer de la afliccion?

—Yo le imitaré, padre mio; yo le probaré que puedo sufrir en el

silencio. Por vuestro reposo trataré de tener valor.»

Shechem se detuvo un instante con los ojos fijos sobre su hija, cuya mano tenia apretada entre las suyas. «¿Podré poner á prueba ese valor que tú me prometes? ¿Estarias preparada á recibir una noticia triste?

— ¡Cómo! preguntó ella con la mas viva emocion: ¿qué teneis que decirme? ¿os ha confiado ya Teodoro su fatal secreto? ¿os ha revelado el crimen que turba su reposo? ¿habrá resuelto dejarnos?

— Si, hija mia, y ha dejado este escrito que leeremos los dos.

— ¡Ha marchado! dice ella suspirando: bien me lo temia yo, y así no me sorprende oirlo.»

Bensadi vió derramar copiosas lágrimas á su hija, compadeció su dolor, se afligió con ella, y esperó á que se calmase un poco antes de abrir el paquete. Por último, hallándola un poco menos agitada, rompió el sello de este fatal papel, cuyo contenido ignoraban uno y otro; pero que les habia sido anunciado como debiendo inspirarles horror por el hombre que habia merecido su cariño y estimacion.

Bensadi tenia una debilidad en la vista, que le hacia penosa la lectura, y miss Eva fue la que se encargó de leer el manuscrito. Gracias á la curiosidad y al amor, tuvo espíritu para desempeñar tan doloroso encargo.